



EL DIÁLOGO ENTRE PERÓN Y LA MULTITUD DEL 1º DE MAYO DE 1974

VASSALLO, María Sofía

Instituto Universitario Nacional del Arte (Argentina)

msofiavas@yahoo.com.ar

En este trabajo me propongo abordar el intercambio mantenido entre Perón y la multitud el 1º de mayo de 1974 (fecha generalmente recordada como el día en que Perón echó a los Montoneros de la plaza). Analizo el registro sonoro, fragmentos de registro audiovisual, crónicas periodísticas e históricas y testimonios de los participantes de esta jornada. Comienzo por referirme a los festejos peronistas del 1º de mayo, luego desarrollo la idea del dispositivo de la plaza, me detengo brevemente en el contexto sociopolítico de 1973 a 1974 y finalmente hago foco en la crucial interacción masiva del 1º de mayo de 1974, en el marco de la cual se puso en escena el profundo conflicto existente entre Montoneros y el peronismo.

Los 1º de mayo peronistas

Los 1º de mayo previos a 1943 habían sido jornadas de lucha en la que los trabajadores protestaban contra los gobiernos y eran reprimidos por ellos. Entre 1943 y 1945, la actividad del viejo Departamento Nacional del Trabajo, luego Secretaría de Trabajo y Previsión a cargo del Coronel Juan Domingo Perón, fue incesante. Desde esta repartición pública Perón, junto a dirigentes obreros, comenzó a hacer efectivas leyes y decretos que protegían a los trabajadores y, al mismo tiempo, promovían su organización y la construcción de una identidad colectiva. El 1º de mayo de 1944, Perón propuso que en esa fecha, cada año, los secretarios de Trabajo y Previsión, tuvieran que rendir cuentas a los trabajadores de lo que habían realizado para ellos. En el origen de este ritual está el contacto directo que Perón había empezado a cultivar con los obreros.



El 9 de octubre de 1945, Perón fue destituido de los cargos de vicepresidente, secretario de Trabajo y Previsión y ministro de Guerra. En las primeras horas del 13 de octubre fue arrestado en su domicilio y luego trasladado a la prisión de la isla Martín García. El 17 de octubre miles de obreros se volcaron a las calles para exigir la libertad de Perón quien, finalmente, fue liberado. Esa noche se produjo una interacción masiva, entre el líder y sus seguidores, de carácter extraordinario. La multitud quería saber “¿dónde estuvo?” y esta fue la pregunta que tronó insistentemente en la plaza. En las negociaciones previas a su salida al balcón, Perón se había comprometido a no referirse a su prisión y a ordenar la disolución pacífica de la manifestación, así es que, como respuesta a esa pregunta, ensayó varias estrategias evasivas que no lograron conformar al público.

El 1º de mayo de 1946, fue la primera vez que el gobierno encabezó la marcha del día del trabajo. El 17 de octubre de ese año, durante la celebración oficial del primer aniversario, organizada por la Confederación General del Trabajo (CGT), con apoyo del Estado y ya siendo presidente, Perón invirtió los roles interlocutivos. Ya no se trataba de responder dónde estuvo sino de preguntar a la multitud si estaba contenta con su gobierno. Era él quien preguntaba y el pueblo quien debía responder. Restableció, de esta manera, el vínculo jerárquico que caracteriza a toda interrogación. No pregunta cualquiera, en cualquier circunstancia y sobre cualquier cosa, sino aquel que tiene el poder para hacerlo. Al mismo tiempo, mediante la nueva pregunta confirió al pueblo el lugar del juez y se ubicó en la posición del juzgado, operación realizada también desde una posición de poder. Retomando el espíritu del año anterior, el acto concluyó con bailes populares en las calles céntricas de la ciudad. De esta manera, se reeditaba ritual y festivamente la toma del espacio urbano (controlado por la clase alta), protagonizada un año antes por los trabajadores. Esta apropiación de la ciudad y de sus monumentos más preciados se profundizó durante el gobierno por la acción del Estado.

Durante el primer peronismo, se institucionalizaron los actos del 1º de mayo como una fiesta de los trabajadores, con bailes y números artísticos. La jornada culminaba con la coronación de la reina del trabajo, representante de algún sindicato o región productiva, por



parte de Evita. La elección de la reina del trabajo surgió como iniciativa del periódico El Laborista en 1947 y fue incorporada en el ritual oficial a partir de 1948.

Las celebraciones del 1° de mayo y del 17 de octubre, por un lado, exhibían el apoyo popular al gobierno y, por el otro, recreaban el contacto directo entre los líderes y sus seguidores como fuente de legitimidad. Después del golpe de 1955, el 1° de mayo se convirtió en una fecha evocativa del peronismo, con carácter cada vez más combativo.

El dispositivo de la plaza

A mediados de la década del cuarenta, Perón inauguró un ritual de diálogo entre los líderes y sus partidarios y un uso de los medios inéditos en la historia argentina. El caso inmediato anterior de un presidente popular fue el de Hipólito Yrigoyen que no se dejaba retratar y no se presentaba ante el pueblo salvo muy raras excepciones. Frente a la ubicuidad y la locuacidad de Perón, Yrigoyen cultivaba el arte de la ocultación.

Con el sintagma dispositivo de la plaza designo a la relación dialógica establecida entre una voz individual y voces colectivas (inaugurada el 17/10/1945) en el marco privilegiado de la Plaza de Mayo. Para poder hablar de diálogo es preciso que existan por lo menos dos interlocutores que hablen alternadamente y que sus enunciados estén mutuamente determinados. En este sentido un diálogo es un texto producido colectivamente, un proceso de coenunciación. En interacciones masivas como estas las reglas acerca del uso de la palabra, la toma de turnos, son diferentes a la de los diálogos, trílogos o polílogos entre grupos reducidos. Son los líderes quienes manejan el turno; pero las multitudes también se hacen escuchar (y no solo con aplausos y vivas, sino también con cantos, gritos colectivos y voces dispersas). La peculiaridad del diálogo entre Perón y sus seguidores reside en que es un discurso a dos voces y no un discurso alternado como en la mayoría de este tipo de interacciones masivas. Se trata de una coconstrucción discursiva, una producción colectiva fundada en la confianza y el respeto mutuo entre los interlocutores. Y esto no puede



comprenderse analizando solo la palabra de Perón. El análisis de las otras voces con las que dialoga es fundamental.

Estos actos públicos exhiben cuerpos significantes, en los que la vestimenta, las pancartas y banderas, el volumen de las voces, el orden de las columnas, el número de sus integrantes y su ubicación en el espacio operan como indicios de sus demandas o adhesiones, de sus reclamos o reivindicaciones.

El dispositivo de la plaza habilita el contacto directo, sin mediaciones entre el líder y sus seguidores y posibilita una práctica colectiva repetida de producción, circulación y reconocimiento de sentido entre el conjunto de los participantes. En este marco, los actores desempeñan roles diferenciados y se ajustan a las reglas propias de esta interacción masiva de carácter extraordinario. Este ritual constituye una escena fundacional de carácter mítico en la historia argentina.

1973-1974

En 1970 ingresó a la escena política la organización armada Montoneros como autora del secuestro y posterior asesinato de Pedro Eugenio Aramburu (segundo presidente de facto tras el golpe de estado contra Perón y responsable de los fusilamientos de José León Suárez y del secuestro del cadáver de Eva Perón). Esta muerte constituyó para Montoneros una definición de sí mismos, una marca de identidad expresada en la consigna: “duro, duro, duro/ estos son los Montoneros/ que mataron a Aramburu”. El hecho volvió famoso al grupo reducido de los comienzos, constituido casi exclusivamente por jóvenes de clase media provenientes de la militancia católica y de los liceos militares. Por esa época también emergieron otras organizaciones armadas como los Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) y el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) y ya existían las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP). Entre 1973 y 1974, Montoneros puso en marcha una política de afiliación masiva al Partido Justicialista, se abrieron muchas unidades básicas, se multiplicaron las movilizaciones



y se lanzó la campaña “luche y vuelve” a través de pintadas. Se formó un frente de masas conocido como “La Tendencia Revolucionaria” que incluía a la Juventud Peronista (JP), la Unión de Estudiantes Secundarios (UES), la Juventud Universitaria Peronista (JUP), la Juventud Trabajadora Peronista (JTP), el Movimiento de Villeros Peronistas (MVP), el Movimiento de Inquilinos Peronistas (MIP) y la Agrupación Evita de la Rama Femenina (AE).

Tras dieciocho años de exilio, Perón regresó a la Argentina y se enfrentó a la compleja tarea de ser el eje de unidad de todos los argentinos y poner en orden al movimiento peronista, en el seno del cual, las luchas internas entre facciones, se habían profundizado. En función de ese segundo objetivo, dedicó grandes esfuerzos en persuadir a Montoneros de ser el ala izquierda del movimiento. Para ello debían acatar la conducción de Perón, desarmar militarmente a sus organizaciones aceptando que el monopolio del uso de la fuerza lo ejerciese el gobierno y sumarse a la tarea de gobernar. Pero los Montoneros no se concebían a sí mismos como el ala intransigente de un movimiento revolucionario, sino como el partido revolucionario. La consigna: “conducción, conducción,/ Montoneros y Perón” ponía de manifiesto claramente el lugar en el que ellos mismos se ubicaban, al lado de Perón y no subordinados a él (Ivancich y Wainfield, 1986: 15, 20).

El 23 de setiembre de 1973, tuvieron lugar las elecciones presidenciales que consagraron la fórmula Perón-Perón. Dos días después fue asesinado José Ignacio Rucci, secretario general de la CGT. El crimen no fue asumido públicamente por ninguna organización guerrillera; pero fue obra de Montoneros. Rucci era uno de sus blancos favoritos. Su muerte había sido anticipada en los cantos de las manifestaciones públicas de la militancia montonera: “¡Qué lindo que son tus dientes!/ le dijo Rucci a Perón./ Perón contestó sonriente:/ ¡morirás como Vandor¹!” (con la música del jingle de la publicidad de una

¹ Augusto Timoteo Vandor, "El Lobo", fue un ex suboficial de la Armada Argentina y secretario general de la Unión Obrera Metalúrgica. El 30 de junio de 1969 fue asesinado de cinco disparos en la sede de la UOM, en el marco de lo que se denominó "Operativo Judas". El hecho fue responsabilidad del Ejército Nacional Revolucionario que, al año siguiente, mató a otro dirigente sindical: José Alonso, del gremio del vestido, y después se incorporó a Montoneros.



conocida pasta dental); y luego festejada: “Rucci, traidor/ saludos a Vandor”. El asesinato de Rucci demostraba que los Montoneros no estaban dispuestos a acatar la conducción de Perón, ni a desarmarse, ni a coexistir con otros sectores del movimiento, tampoco a aportar sus esfuerzos al gobierno electo. En el entierro de Rucci, sus compañeros, en clara respuesta al canto montonero, gritaron: “Rucci lealtad, / te vamos a vengar”.

El 12 de octubre Perón, mayor y con la salud resquebrajada, asumió su tercera presidencia en una Argentina signada por la violencia y la muerte. En esa oportunidad, produjo su primer discurso público en la plaza después del crucial 31 de agosto de 1955 (en el que frente a una multitud enardecida pidiendo “leña” para los golpistas, había sentenciado: “por cada uno de los nuestros que caiga caerán cinco de ellos”). Ahora Perón exhortaba acerca de la necesidad de la paz y la unidad nacional. En este marco, hizo la siguiente convocatoria: “durante este gobierno que hoy se inaugura y, siguiendo la vieja costumbre peronista, los días primero de mayo de cada año he de presentarme en este mismo lugar para preguntarle al pueblo aquí reunido si está conforme con el gobierno que realizamos”.

Otra vez en el gobierno, Perón advirtió acerca de la necesidad de reprimir legalmente los actos violentos de las organizaciones armadas. Fortaleció a la institución policial (nombró en su conducción a los comisarios Alberto Villar y Luis Margaride) y evitó transferir poder a las fuerzas armadas. Sin embargo, desde fines de 1973, grupos clandestinos de policías y militares produjeron múltiples atentados contra militantes peronistas y de las organizaciones armadas o considerados permisivos con ellas.

El 1° de mayo de 1974

En los anteriores festejos de los 1° de mayo peronistas, el público presente en la plaza había dado su fervorosa conformidad frente a la pregunta de Perón y esto ya formaba parte del ritual peronista de los festejos del día del trabajador. Los dos principales interlocutores, la CGT y Montoneros, ya habían anticipado sus respuestas. Durante los días previos al 1° de



mayo de 1974, militantes sindicales habían pegado por toda la ciudad afiches con la consigna: “conformes, mi general”. Pocos días antes, Firmenich había terminado su discurso en un acto en Atlanta diciendo que Montoneros iría al acto “para decirle personalmente al general todo lo que pensamos” (Guerrero 2009: 382). Los Montoneros sostenían oficialmente que si lograban romper el cerco creado por el ministro de Bienestar Social, José López Rega, en torno a Perón, sería posible que el gobierno se orientara hacia la construcción de la patria socialista. Argumentaban que las medidas del presidente contra la izquierda peronista obedecían a la ausencia del contacto directo con el pueblo, que ellos definían como la esencia del peronismo. Por eso, para ellos este acto tenía carácter crucial y decisivo y allí debían hacer escuchar sus críticas y demostrar su fuerza.

Ese mismo día, por la mañana, en su discurso de apertura de las sesiones legislativas en el Congreso, Perón había señalado: “ha comenzado de este modo el tiempo en que para un argentino no hay nada mejor que otro argentino”. El acto de la tarde había sido convocado a partir de la idea de fortalecer la unidad nacional. Por ello estaban prohibidas las banderas y pancartas políticas. Solo estaban admitidas las argentinas y las sindicales. El aparato de seguridad del acto controlaba que esto se cumpliera. Montoneros ingresó a la plaza portando solo banderas argentinas; pero, ocultas dentro de los grandes bombos, llevaban banderas, aerosoles y pancartas con sus consignas habituales, que desplegaron a la brevedad, desafiando a los organizadores. Al frente de la multitud y abarcando gran parte del ancho de la plaza, pudo verse desplegada una pancarta gigante de Montoneros, que parecía encabezar todas las demás, con la clara pretensión de aparecer como los dueños indiscutibles del acto. Sus militantes llevaban binchas celestes y blancas con la designación Montoneros. Era una demostración de fuerzas y de diferentes maneras intentaron mostrar su capacidad de movilización y su poder. Según Ivancich y Wainfeld, “hasta la aparición de la ‘tendencia’, los actos públicos del peronismo fueron, en esencia, fiestas populares”, después se convirtieron en campos de batalla, un escenario privilegiado para demostrar su capacidad de movilización y de imponerse en la guerra de consignas, lo que suponía el desplazamiento físico y el silenciamiento de sus antagonistas (1983: 16).



Una buena parte de la concurrencia, desde la mitad de la plaza hacia la catedral, fue ocupada por las diversas columnas de las organizaciones que respondían a Jotapé-Montoneros, mientras que, desde el centro de la Plaza hacia Hipólito Irigoyen, se ubicaron representaciones de los sindicatos que integraban la CGT. Los militantes sindicales rodearon el palco y los de la Jotapé estaban más atrás. Las columnas de Montoneros ingresaron enmarcadas por “corralitos” formados por militantes y palos, delimitando claramente el espacio y la gente propia, del espacio y la gente ajena. Jorge Rulli, importante referente de la Resistencia Peronista, da la versión no oficial de la participación de Montoneros en el acto:

estábamos nosotros, los que habíamos venido de la zona de San Pedro y que nos identificábamos como peronistas sin aditamentos, estábamos en las escalinatas de la Catedral y veíamos las columnas llegar y pasar ante nosotros, las interminables columnas de Montoneros que llegaron a llenar buena parte de la plaza. Puedo dar testimonio de la parte universitaria que correspondía a la Facultad de Agronomía y que yo conocía. Estaban todos, incluyendo los que jamás habían sido peronistas, pero venían para enfrentar a Perón y fracturar al Movimiento. (...) Recuerdo también sus rostros exultantes, la soberbia desbordada de autoestima y de desprecio por todo lo que no estuviera dentro de los corrales de cañas y de sogas de las columnas (Rulli 2007: 248)

A partir de las 15 horas, se inició el acto en la Plaza de Mayo con un festival artístico bajo la conducción de Antonio Carrizo. Algunos sectores de la Juventud Peronista vinculados a Montoneros expresaron frente a esto su disconformidad coreando al unísono: “no queremos carnaval/ asamblea popular”. El canto expresaba la externidad de estos jóvenes respecto de la tradición y los rituales del primer peronismo. Pero también es cierto que, festejos de esta naturaleza, en un contexto de violencia creciente, resultaban anacrónicos y fuera de lugar. Probablemente, la iniciativa provino de algún grupo reaccionario del peronismo y operó como una provocación. Durante la coronación de la Reina del Trabajo por parte de Isabel Perón, se generó una fuerte silbatina y se escuchó el siguiente cántico de repudio: “no rompan más las bolas/ Evita hay una sola” e insultos e improperios tales como “copera”. El clima estaba caldeado desde el comienzo.



Los 1º de mayo el pueblo iba a contestar las preguntas de Perón. Montoneros invirtió la relación interlocutiva institucionalizada por el ritual con la consigna: “¿Qué pasa, qué pasa, qué pasa General/ que está lleno de gorilas/ el gobierno popular?” y ya no hubo lugar para las preguntas del líder. Desde antes de que Perón tomara la palabra, desde las filas de Montoneros se entonaron cantos y consignas cuestionadores: “el pueblo te lo pide/ queremos la cabeza de Villar y Margaride”. Internacionalmente, la retórica propia de los actos de los 1º de mayo supone el homenaje a los trabajadores y a sus organizaciones. Sin embargo, los Montoneros fueron a ese acto a repudiar a los dirigentes sindicales y a la CGT. Esto se expresó en cantos como: “se va a acabar,/ se va a acabar/ la burocracia sindical”.

Alrededor de las 17 horas, Perón inició su alocución. La palabra de los actos públicos de Perón no es comprensible sin considerar las variadas voces con las que dialoga. Aparecen dos interlocutores claramente diferenciados: la CGT y los Montoneros. En la mayoría de las transcripciones de este discurso y de las crónicas del acto, solo se registra la voz de Montoneros increpando a Perón. Sin embargo, y de forma muy clara y notoria, se destacan también los cantos y consignas de la CGT, defendiendo a Perón y discutiendo con Montoneros. Para comprender la singularidad de esta situación comunicativa es preciso considerar la disputa sostenida entre los principales actores participantes de esta interacción.

Perón comenzó su discurso rindiendo homenaje a las organizaciones sindicales. Los cantos y gritos en la plaza no cesaban. Las multitudes con las que habían dialogado Perón y Eva Perón durante los primeros gobiernos eran sujetos colectivos con voz propia capaces de pelearles el turno, de imponerles temas, de hacerles cambiar de posición, de exigir respuestas. Esta caracterización del público peronista se aleja de las representaciones naturalizadas que la congelan en la pasividad y la obediencia ciega a líderes que construyen vínculos unidireccionales y verticales. Este carácter rebelde y, en muchos casos, irreverente, nunca había obstaculizado el diálogo. Todo lo contrario, lo había producido y promovido. En este caso, en cambio, los cantos y gritos de una parte del público presente obstaculizaron la palabra de Perón. Sin embargo, Perón no se descontroló. Frente a los cuestionamientos, la provocación y los insultos, los llamó “estúpidos” e “imberbes” (es decir, los que aún no tienen



barba), configurándolos como inexpertos, ingratos y recién llegados. En el mismo registro paternal presente en el apelativo “el viejo”, con el que los jóvenes lo designaban, los retó como a chicos. Seguramente, Perón tenía vívido el recuerdo del terrible discurso del “cinco por uno” y controló su indignación y su enojo.

A pocos minutos de que Perón comenzara a hablar se produjo uno de los momentos de mayor tensión cuando dijo (en referencia a los militantes sindicales): “compañeros que han visto caer a sus dirigentes asesinados sin que haya todavía sonado el escarmiento” a lo que Montoneros respondió: “Rucci traidor/ saludos a Vandor” y la CGT: “se siente, se siente/ Rucci está presente”. Entonces, un importante sector del público empezó a retirarse de la plaza. Entre los cantos más duros y agresivos de la juventud vinculada a Montoneros en esa jornada estuvieron los siguientes: “Atención, atención,/ en el gobierno hay un traidor/ que se llama Juan Perón”, “Vea, vea, vea/ qué manga de boludos/ votamos una muerta, una puta y un cornudo” (en referencia a Evita, Isabel y el propio Perón). El insulto, en tanto palabra ofensiva que busca deslegitimar y agredir la imagen del otro, constituye un ataque y, en tanto tal, obtura el diálogo. Se trata de un acto de violencia verbal que, en ciertos casos, precede a la violencia física e incluso a la muerte. Frente a los insultos que lo descalificaban como hombre y como líder, la reacción de Perón fue medida.

En la dinámica propia de las movilizaciones masivas alguien comienza un canto, algunos se pliegan y van contagiando a otros. A diferencia de otros actos peronistas en que la plaza en pleno terminaba cantando lo mismo, en esta oportunidad se produjo una verdadera guerra de cantos. Cada grupo buscaba tornar inaudible la voz del otro y evitar que el otro hable. Por ejemplo, cuando Montoneros cantaba: “Si Evita viviera/ sería montonera” o “Perón, Evita/ la Patria socialista”, la CGT respondía: “Perón, Evita/ la Patria peronista” o “Ni yanquis ni marxistas/ ¡peronistas!”.

En la marcha de retirada, Montoneros coreaba: “Aserrín, aserrán/ es el pueblo que se va” (en el que claramente se expresaba que, según la percepción de sí mismos, solo ellos eran el pueblo). En este mismo sentido se ubica el canto: “Contentos, contentos,/ contentos general,/ contentos los gorilas,/ el pueblo va a luchar” (gorilas eran los sindicalistas que se



proclamaban conformes con el accionar del gobierno, ellos eran el pueblo dispuesto a enfrentarlos, al gobierno y a los sindicalistas).

El 1° de mayo de 1974, como nunca antes, Perón fue desafiado de diferentes maneras por un importante sector de la juventud peronista que no obedeció la orden de concurrir sin banderas, que lo insultaba a él y a su mujer, al tiempo que le disputaba la conducción del movimiento, en el escenario de la plaza que era justamente donde él, como líder popular, se volvía invulnerable. Los Montoneros transgredieron tanto el ritual del festejo peronista del día del trabajador (no dando su conformidad, criticando duramente al gobierno) y el ritual internacional (cuestionando a las organizaciones obreras). Por primera vez en la historia del peronismo, un grupo importante del público se retiró de la plaza y le dio la espalda a Perón, lo dejó con la palabra en la boca. La escena inédita de ríos de gente retirándose de la plaza impactó fuertemente en la memoria de los testigos y actores protagonistas de esta jornada. Frente a este espectáculo, Perón, desde la perspectiva privilegiada del balcón, expresó su interpretación de las causas de los hechos y sus consecuencias:

(...) puedo asegurarles que los días venideros serán (...) para la liberación, liberación no solamente del colonialismo que viene azotando a la república a través de tantos años, sino también de estos infiltrados que trabajan adentro. (...) Y que traidoramente son más peligrosos que los que trabajan de afuera (...). Sin, contar que la mayoría de ellos son mercenarios al servicio del dinero extranjero.

Perón percibió la trampa, la encerrona en la que se encontraba producida por las decisiones y los hechos de las facciones extremas del movimiento que él mismo lideraba y lo expuso públicamente: estamos infiltrados y cercados por el imperialismo, señaló a los adversarios y su mecánica.

En un movimiento opuesto y simétrico, Montoneros hizo doblemente su demostración de fuerzas: al poner y al sacar sus cuerpos de la plaza, al entrar y salir de escena. La retirada de Montoneros fue tumultuosa y violenta, hubo enfrentamientos con los militantes sindicales (a las trompadas, con palos, piedras y cadenas) y muchas de sus columnas se desperdigaron en la estampida. No hubo muertos pero sí muchos heridos. Según el testimonio de Fernando



Vaca Narvaja, miembro de la cúpula de Montoneros: “Oscar Alende, nos cuenta que después de que Perón concluye su discurso y entra a la Casa de Gobierno, Alende le dice: `Pero, General, ¿qué pasó con la juventud?`. `Bueno -le dice Perón-, de vez en cuando hay que darles un tirón de orejas a los jóvenes, pero no es nada`. Y lo agarra a López Rega y le dice: `No quiero que ocurra absolutamente nada y usted es el responsable`. Si Perón no hubiera dicho eso, nos esperaba una masacre”. Perón minimizó lo ocurrido como una manera de no reconocer la humillación de la que había sido objeto y, al mismo tiempo, los protegió y les salvó la vida.

Muchas interpretaciones se han producido a lo largo de estos años en torno a esta interacción masiva de gran complejidad. Aunque este acto pasó a la historia como el día en que Perón echó a los Montoneros de la plaza, en realidad, atendiendo exclusivamente a las palabras y a la gestualidad de Perón, no resulta claro que haya sido así. La versión de Montoneros es que Perón no los echó sino que ellos se fueron; pero tampoco esta interpretación se ajusta plenamente a la percepción mayoritaria de los hechos. Muchos testimonios coinciden en señalar que, cuando Perón los llamó “estúpidos” e “imberbes”, la militancia sindical rompió el cerco formado por los corralitos y comenzó a pegarles. Jorge Rulli recuerda “las caras crispadas por el miedo y tal vez por la conciencia del acto terrible y sin retorno que habían protagonizado. Venían cerrando filas y protegiéndose de los proyectiles que les llovían por encima y de las escaramuzas guerrilleras que les comían las retaguardias de las columnas en retirada” (2007: 248). Tanto en la interpretación “Perón los echó” como en “nosotros nos fuimos” está presupuesta la ruptura con Perón. Para la conducción de Montoneros la participación de la Tendencia en este acto tenía como objetivo la provocación y la consecuente ruptura con Perón. El acto de los trabajadores fue el marco para la puesta en escena de la ruptura. Se trataba de unificar la fuerza propia, de disciplinar a su militancia y evitar el desmembramiento.

Ese mismo día Perón comunicó dos interpretaciones de los hechos desde dos roles diferenciados: el del líder político al que nada se le escapa y denuncia la acción del



imperialismo a través de sus infiltrados y la del “viejo” que les da un tirón de orejas a los jóvenes díscolos.

El último enunciado de Perón fue: “les deseo la mayor fortuna y espero, el 17 de octubre, poderles ver de nuevo la cara en esta plaza”. Fue una despedida triste. El fantasma de la muerte acechaba. Habría otra plaza; pero ya no otro 17 de octubre. La alocución de Perón duró poco menos de diecisiete minutos. Pocas semanas después, las últimas palabras de su último discurso público tematizaron la cuestión del diálogo y el contacto directo: “llevo en mis oídos la más maravillosa música que, para mí, es la palabra del pueblo argentino”.

Muchos de los peronistas que protagonizaron la jornada del 1º de mayo de 1974 coinciden en señalar la angustia con la que se desconcentraron y volvieron a sus casas. Angustia por lo acontecido ese día y por lo que estaba por venir. Todos los elementos de la tragedia se manifestaron en un solo acto.

Referencias bibliográficas

- GALASSO, N. (2005) *Perón. Exilio, resistencia, retorno y muerte (1955-1974)*. Buenos Aires: Colihue.
- GUERRERO, A (2009) *El peronismo armado. De la resistencia Montoneros. De la Libertadora al exterminio*. Buenos Aires: Editorial Norma.
- IVANCICH, N. y WAINFELD M. (1983) “El gobierno peronista 1973-1976: los Montoneros”, en *Revista Unidos 2*.
- NARVAJA DE ARNOUX, E. (2006) *Análisis del discurso. Modos de abordar materiales de archivo*. Buenos Aires: Santiago Arcos.
- RULLI, J. (2007) *El libro de los editoriales. Globalización y resistencia*. Buenos Aires: Editorial Corregidor.
- SIGAL, S. y VERÓN, E. (1988) *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*. Buenos Aires: Editorial Hyspamérica.



- TRAVERSA, O. (2009) “Los dispositivos del presidente” en *Actas del Primer Pentálogo del CICECO*. Japaratinga, Brasil.
- VACA NARVAJA, F. *Crónica de un día clave*, <http://www.elortiba.org/1mayo74.html>, consultada el 10 de marzo del 2010.
- VASSALLO, M. S. (2008) “Diálogos entre Perón y la multitud que cambiaron la historia: el 17 de octubre de 1945 y el 31 de agosto de 1955”, ponencia, en *Actas de las V Jornadas de Sociología de la UNLP y I Encuentro Latinoamericano de Metodología de las Ciencias Sociales*. La Plata, Argentina.
- VASSALLO, M. S. (2009) “El diálogo entre Evita y la multitud del 22 de agosto de 1951”, ponencia, en *Actas de IV Coloquio de Investigadores en Estudios del Discurso y I Jornadas Internacionales sobre Discurso e Interdisciplina*. Córdoba, Argentina.